

Capítulo 5

Entrando en la zona crepuscular

Lectura: 10. Tom Engelhardt, [1997], "Entrando en la zona crepuscular", en *El fin de la cultura de la violencia. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Barcelona: Editorial: Paidós, pp.196-215 [196-200]

En 1953, el número de bombas A y H y de otras armas nucleares tácticas en poder de Estados Unidos rondaba el millar. En 1962, durante la crisis de los misiles soviéticos de Cuba, el presidente John F. Kennedy disponía de 112 misiles balísticos lanzables desde el mar, 284 misiles balísticos intercontinentales con base en tierra (ICBM), 105 misiles balísticos de alcance medio y 659 B-52 equipados de armas nucleares, mientras que el primer mandatario soviético Nikita Khrushchev, citando al historiador Geoffrey Perret, disponía solamente de «150 bombarderos de largo alcance de dudosa eficacia y 35 ICBM de probada falta de fiabilidad». Como se vería más tarde, esto no era más que el principio. La administración Kennedy subvencionó el 60% de la fabricación de fuerzas nucleares estratégicas así como de armas nucleares «de campo», como, por ejemplo, una bomba atómica en miniatura susceptible de ser lanzada por dos soldados rasos con la ayuda de un lanzamisiles.

Algunos militares llevaban ya algún tiempo considerando la conveniencia de un ataque nuclear contra la Unión Soviética. A comienzos de la década de los cincuenta, Curtis E. LeMay, del Mando Aéreo Estratégico, instó para que se pusiera en práctica el Emergency War Plan (Plan Guerra de Emergencia) SAC 1-49, que entrañaba el lanzamiento de «todo el arsenal de bombas atómicas... en un único ataque masivo», es decir, 133 bombas A sobre 70 ciudades soviéticas en 30 días. Estos planes tomaban un

cariz cada vez más espeluznante. El objetivo del SAC se convirtió unos años después en la destrucción de «más de cien ciudades y poblaciones soviéticas, más 645 instalaciones militares, en un solo y decisivo golpe... en menos de 24 horas».¹

Los rusos eran incapaces no sólo de defenderse contra semejante ataque, sino también de lanzar su arsenal minimalista contra las costas americanas. Así, por ejemplo, cuando la revista *Life* intentó imaginar por primera vez dicha eventualidad en 1949, lo más que se le ocurrió fue la introducción bajo cuerda de una bomba en el país. Se incluían unas cuantas fotos —muy poco espectaculares, por cierto— de un barco de la marina mercante y de varios camiones en una autopista, con la leyenda de «Carroguero ruso descarga su mercancía sin ser molestado en un puerto estadounidense. Podrían hacer explotar bombas atómicas en los muelles o introducir las en camiones que las llevaran a su destino». Mediada la década de los cincuenta, el Pentágono aún seguía considerando seriamente cuál sería su defensa ante esta clase de eventualidades.

Aunque la Unión Soviética ensayó la primera ICBM del mundo en agosto de 1957 (dos meses antes de mandar al espacio el primer satélite), y John F. Kennedy se ganó la elección presidencial en parte por denunciar una «laguna en materia de misiles», los sistemas de lanzamiento soviéticos apenas habían experimentado mejora alguna en enero de 1961 respecto a doce años atrás. Dada la decisión soviética de no fabricar una primera generación de ICBM, la opción barco-más-camiones seguía siendo probablemente la mejor, extremo éste del que el presidente Kennedy no tardó en darse cuenta. Las fotos enviadas por el nuevo satélite *Discoverer* no dejaban lugar a dudas. Los soviéticos sólo tenían cuatro misiles operativos, cifra muy alejada de los 50-500 de las distintas estimaciones de los servicios secretos.²

El plan secreto del ejército de hacer saltar por los aires el mundo comunista —2.500 objetivos en Europa del Este, Rusia, China y Corea del Norte— habría tenido como resultado, como iba a saber Robert McNamara justo antes de convertirse en secretario de Defensa, unos 360 millones de muertos, masacre unilateral tan espeluznante que McNamara se quedó sobrecogido. Si bien el presidente Kennedy, en una entrevista concedida en 1962, indicó que había circunstancias en las que los Estados Unidos podrían lanzar un ataque nuclear, éstas fueron a todas luces unas palabras vacías de contenido. Ningún presidente estaba dispuesto a desencadenar ese masivo ataque unilateral que parecía la estrategia lógica de Es-

1. Geoffrey Perret, *A Country Made by War: From the Revolution to Vietnam—the Story of America's Rise to Power*, Nueva York: Vintage Books, 1990, págs. 471 y 481-487; Fred Kaplan, *The Wizards of Armageddon*, Nueva York: Torchstone/Simon y Schuster, 1984, pág. 44.

2. «Can Russia Deliver the Bomb?», *Life*, 10 de octubre de 1949, pág. 45; H.W. Brands, *The Devil We Knew: Americans and the Cold War*, Nueva York: Oxford University Press, 1993, pág. 65; Kaplan, *Wizards*, pág. 289.

tados Unidos, como tampoco se llevaron nunca a la práctica otros muchos planes y amenazas, públicos y privados, consistentes en utilizar armas atómicas a «menor» escala en Irán, Corea, China, Indochina y otras partes del globo.³

Ya existían cortapisas a la puesta en escena de este espectáculo de carnicería apocalíptica. Lanzar semejante ataque por sorpresa habría sido un escarnio para la cultura de la victoria. Aunque cualquiera de estos planes —desde el lanzamiento de un ataque nuclear en toda regla hasta el empleo de armas nucleares en campos de batalla del Tercer Mundo— siempre contó con valedores en las altas esferas —y aunque a algunos sólo les faltó al parecer un pelo para que los llevaran a cabo—, el hecho es que nunca se concretaron.

Los dirigentes estadounidenses expresaron de dos maneras distintas esta inesperada sensación de ver constreñida su capacidad para hacer la guerra hasta el final. En primer lugar, sus vacilaciones se plasmaron en el temor a cómo reaccionarían «nuestros aliados» o «el mundo en general» ante el empleo de tales armas. El viaje precipitado del primer ministro británico, Clement Atlee, para disuadir al presidente Truman de la utilización de la bomba A en Corea fue la demostración de los temores aliados a las intenciones nucleares de Estados Unidos y al estallido de una Tercera Guerra Mundial en Europa (aunque, como demostró también la solicitud de apoyo nuclear en Indochina por parte francesa, también existía el deseo de emplear armas atómicas). Pero, independientemente de los temores y deseos de otros países, existía una fuerte corriente de contención subyacente.⁴

La segunda manera en que se expresaron estas constricciones adoptaron la forma de un frío análisis de costes y de un pragmatismo sembrado de perplejidades. Esto se evidenciaba siempre que surgía la posibilidad de apuntar las armas atómicas contra el Tercer Mundo. Una vez descartado un ataque nuclear contra la Unión Soviética, ¿contra qué o quién se arrojaría la bomba para conseguir una razonable rentabilidad a cambio de tamaño inversión? ¿Contra las fuerzas rusas que ocupaban el norte de Irán? ¿Sobre una serie de puentes sobre el río Yalu? ¿Sobre la jungla que rodeaba las avanzadillas francesas asediadas en Dien-Bien-Fu? («Podrías tomaros tranquilamente un día entero para lanzar una bomba... No encontraríais oposición alguna. Y, limpio el terreno de comunistas, la banda de música podría tocar la marsellesa y los franceses desfilar... en impecable formación», recordó el jefe de la fuerza aérea Nathan Twining, quien propugnó lanzar allí tres bombas A en 1954. «Y esos comunistas dirían: “Bueno, esos tipos podrían hacernos esto otra vez. Así que más vale andarse con cuidado”»). Pero todos los lugares escogidos fuera de la Unión Soviética parecían ridi-

3. Perret, *Country Made by War*, pág. 482; Walter LaFeber, *America, Russia, and the Cold War, 1945-1980*, 4ª ed., Nueva York: Wiley, 1980, pág. 226.

4. Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*, Stanford: Stanford University Press, 1992, págs. 398-399.

culamente desproporcionados para sistemas de armamentos concebidos para borrar del mapa grandes ciudades.⁵

El hecho que determinó la guerra fría fue el que existiera la «disuasión» antes de que tomara forma cualquier fuerza disuasoria. Aunque son muchos los críticos de la política gubernamental que han puesto el grito al cielo ante las revelaciones sobre las numerosas veces que Estados Unidos pensó en utilizar armas atómicas, la incapacidad para utilizarlas después de Nagasaki, aun cuando se parecieran más a armas corrientes, como obuses de artillería o minas de tierra, pesó mucho más que lo que parece. El parón atómico precedió en más de una década a la fuerza nuclear soviética, que era su explicación, e incluso durante breve tiempo al desarrollo de la «teoría de la disuasión», reflejando los límites de lo que el relato americano, o la identidad nacional americana, podrían resistir.

A finales de la década de los cincuenta, gran parte del público era consciente de que un ataque atómico no se limitaría a su objetivo militar. El estroncio 90 y otros elementos radiactivos liberados en pruebas con bombas en superficie habían viajado invisiblemente miles de millas hasta aterrizar sobre la hierba que comían las vacas americanas, introduciéndose así en la leche que bebían los niños americanos. Se podían imaginar, pues, los efectos en Estados Unidos de un ataque nuclear masivo contra un país enemigo. A largo plazo, no había medios para proteger a los americanos contra las mayores armas de su país, salvo mediante un intragable programa de desarme (como pedían urgentemente unas cuantas organizaciones pacifistas).

El logro tecnológico por el que más orgullosa se sentía América, su arma victoriosa, estaba relegado a la invisibilidad. El secreto atómico estaba garantizado a tenor de la Atomic Energy Act (Ley de Energía Atómica) de 1946. Posteriormente, las pruebas con bombas pasaron a realizarse de manera clandestina, al igual que los misiles nucleares, mientras se empleaba una propaganda proatómica cuidadosamente pergeñada en encubrir los numerosos testimonios de los efectos perniciosos de la bomba para la salud humana. Los presidentes hablaban con circunspección, en el mejor de los casos, sobre la política atómica, y los planes del ejército sobre un eventual ataque atómico eran tan secretos que probablemente hasta el mismísimo ministro de Defensa estaba falto de información al respecto.⁶

Estas armas, que deberían haber sido una bicoca para los americanos y una pesadilla para cualquier enemigo, resultaron ser, en cambio, un lastre del que resultaba difícil liberarse. El desplegarlas orgullosamente dentro del país, y más aún el esgrimirlas fuera, era dar al traste con una imagen de «seguridad nacional» crucial para la generalidad del país. Pero, si no se

5. Marilyn Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, Nueva York: Harper-Collins, 1991, pág. 33.

6. David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Nueva York: Random House, 1972, pág. 45.

probaban y utilizaban abiertamente, las armas atómicas daban también una sensación, no de fuerza, sino de debilidad.*

Desde el rifle largo hasta el B-26, las armas americanas no habían dejado de constituir un motivo de orgullo. Las estadísticas sesgadas de la victoria se achacaban siempre, en parte, a la inventiva tecnológica de los americanos. Cuando se fundían con el carácter del hombre de la frontera o el luchador de la jungla, el armamento avanzado tornaba posible un relato de uno contra muchos y no había nada mínimamente vergonzoso en ello. Ahora la inutilidad del arsenal nuclear se había convertido en un tormento insoportable y vergonzoso alrededor del cual tenía que construirse la política planetaria. En cierto modo, había que convencer al enemigo de que los dirigentes partidarios de la mano dura no vacilarían en recurrir a esas mismas armas que habían dudado en utilizar en anteriores conflictos, desde Berlín hasta Corea.

Mientras la Casa Blanca de Eisenhower se esforzaba durante los años siguientes a la guerra de Corea en mantener bajo control el gasto militar, los políticos echaban mano a la amenaza de la bomba. Como manifestara el secretario de Estado John Foster Dulles en 1954, Estados Unidos no respondería a cada zarpazo de la «poderosa fuerza terrestre del mundo comunista», sino que reaccionaría «vigorosamente en lugares y con medios de su propia elección», o, en el lenguaje eufemístico de la época, «con la más disuasoria de las represalias masivas». En otras palabras, Estados Unidos se estaba declarando partidario de convertir los conflictos con el enemigo, ya fuera éste grande o pequeño, y en cualquier parte del mundo, en guerras nucleares unilaterales.⁸

* Paradójicamente, en los arreboles de la crisis de los misiles soviéticos de Cuba y del Atomic Test Ban Treaty (Tratado de Prohibición de Ensayos Atómicos) de 1963, momento en que una nueva generación de misiles soviéticos había planteado por primera vez una verdadera amenaza a Estados Unidos, el debate nuclear desapareció de la cultura popular y del debate político. Las últimas películas sobre el fin del mundo aparecieron en 1964, las fantasías sobre la destrucción nuclear de América desaparecieron de los medios de comunicación y el programa de refugios atómicos se esfumó. Hacia la mitad de la década de los sesenta, el debate nuclear parecía no despertar casi ningún interés en nadie. Hasta el Comité Nacional para una Política Nuclear SANE o CNSPN relegó las cuestiones nucleares a un segundo plano. «En una reunión del consejo ejecutivo del CNSPN celebrada en 1966, un asunto genérico llamado "Desarme -Ensayos Nucleares -No Proliferación" aparecía hacia el final de una larga agenda, en su mayor parte dedicada al Vietnam y a otros asuntos relacionados con este tema.» En 1969, el CNSPN llegó a eliminar la palabra «Nuclear» de su nombre. En la misma época en que el exterminio de los americanos dejaba de ser una fantasía futurista para convertirse en una posibilidad real, se veía excluido de la conciencia nacional, para no volver a aparecer hasta el final de la década de los setenta.⁷

7. Paul Boyer, *By the Bomb's Early Light: American Thought and Culture at the Dawn of the Atomic Age*, Nueva York: Pantheon Books, 1985, pág. 359.

8. Kaplan, *Wizards*, págs. 174-175.

TIGRES DE PAPEL Y BOINAS VERDES

Esta manera de pensar dejó consternada a la generación kennedyana de estrategas de la guerra, particularmente al futuro secretario de Estado Henry Kissinger y al futuro consejero militar de Kennedy, el general Maxwell Taylor. Este último se había sentido especialmente dolorido durante el mandato de Eisenhower al ver cómo la fuerza aérea se apropiaba del dinero que habría podido ir a parar a las arcas del ejército, simplemente porque dicha fuerza controlaba entonces el arsenal nuclear. Para los jóvenes y prometedores estrategas civiles universitarios, así como para los gabinetes de expertos apoyados por el gobierno, la «masiva represalia» de Dulles se parecía bastante a una receta para la parálisis: no ofrecía a la clase política ninguna alternativa entre lo inconcebible —«una guerra atómica general en la que no habría ninguna auténtica victoria»— y lo imposible —la aceptación de la derrota en algún rincón del planeta.

Según el general Taylor, Estados Unidos necesitaba una «respuesta más flexible» para poder hacer frente a las «guerras en la jungla», alentadas por los comunistas en el Tercer Mundo, sin recurrir a las armas nucleares; una respuesta que, al recrear las precondiciones para unos estilos más «limitados» de intervención, pudieran «devolver a la guerra su histórica justificación como medio para crear un mundo mejor sobre la exitosa conclusión de las hostilidades». En esto se percibía un intento, a nivel de estrategia militar, por llevar al mundo subterráneo la masacre planetaria y resituar el ataque nuclear en el silo conceptual del último recurso mediante un acto no americano de represión autoconsciente.⁹

Anteriormente, si bien la guerra había estado limitada por las armas disponibles y la capacidad del Estado para movilizar sus recursos, la victoria había sido, no obstante, un concepto ilimitadamente expansivo. Pero ahora, con armas de una capacidad destructiva al parecer ilimitada, la idea de la victoria empezó a arrugarse. Muy pronto las dos superpotencias tendrían que aceptar tácitamente el limitar sus contiendas a zonas en las que cada cual se ocupara en conseguir una victoria que fuera en su mayor parte simbólica de lo que ahora no se podía hacer sin cortapisas. La contención se convirtió, así, en una política dirigida a uno mismo, con el acuerdo tácito del enemigo.

Como escribió a mediados de los cincuenta William Kaufmann (de la corporación RAND, gabinete de estrategas civiles creado por la fuerza aérea), uno de los primeros teóricos de la guerra limitada, dichas guerras «desempeñarían una función que se situaba a medio camino entre lo abstracto de una demostración de fuerza y el terrible elemento concreto de un conflicto aniquilador, y se convertirían en demostraciones de fuerza parciales o simbólicas..., en índices del poder relativo». Lo que no podían pro-

9. Maxwell D. Taylor, *The Uncertain Trumpet*, Nueva York: Harper, 1960, págs. 146 y 173.